

CONCLUSIONES

“Estase ardiendo el mundo”.⁹⁰ Con estas mismas palabras de Teresa de Jesús iniciaban estas reflexiones. El fuego del incendio corresponde al trípode moderno de la epistemología hegemónica y a su proyecto civilizatorio: abismalidad-totalidad-idolatría. La alternativa no radica en otro programa transformador, la mejora de las instituciones o la toma de estas. No está en una nueva utopía por alcanzar o una nueva teoría que prometa épocas de paz y abundancia. Se trata, por el contrario, de organizarnos desde y en medio de la catástrofe en que vivimos, recuperando aquello de lo que hemos sido despojados a través de la lógica del *homo œconomicus*, el principio de escasez, la destrucción de los ámbitos comunitarios de vida y la instauración del individuo y la intencionalidad como imperio del yo. Se trata de construir la esperanza, pero no entendida como promesa de un nuevo porvenir sino como seguir caminando con sentido en medio del sinsentido desde la concientización de la penumbra en que habitamos; esperanza como caer en la cuenta del oscuro abismo en el que estamos, y como movilización colectiva para inventar el mundo nuevo. Tal esperanza se entona desde lo que aquí se ha denominado como inversión de la intencionalidad, mística como dinamismo vital de apertura radical del Misterio, saber performativo de la fe y la confianza.

El decir nunca se agota en lo dicho, menos aun cuando de lo que hablamos es del Misterio. El libro se proponía explorar la posibilidad de un saber místico contrahegemónico, lo cual me llevó a un amplio recorrido que implicó el diálogo con varios sectores del pensamiento, el abordaje crítico de otras tantas nociones e ideas y la construcción de una forma muy propia de comprender la mística. Queda claro que el tema no quedó agotado; que la presente propuesta puede significar más problemáticas que soluciones, y que quizás en muchos puntos del texto se extrañó alguna explicación más a fondo de algún autor o se deseó un tratamiento más preciso de ciertos hilos que, al parecer, quedaron sueltos. Todo esto es sin duda cierto, tanto para los

lectores como para el propio autor. Sin embargo, considero que el recorrido esbozado en las páginas que conforman este esfuerzo filosófico abrió brechas y cimentó pautas para enriquecer las reflexiones en torno a la gran temática que yacía de fondo desde un principio: la potencialidad y la pertinencia de la mística para dialogar y contribuir en la construcción de resistencias y alternativas frente a los horrores que el sistema-mundo actual nos ha sumergido.

Como sociedad, hemos ido ensayando los mecanismos de nuestra propia esclavitud. De manera que, en los momentos y circunstancias en la que esta se activa, somos nosotras mismas y nosotros mismos quienes damos click en el botón de “on” para que inicie su operación. Por más que la ilustrada modernidad secularizada se jacte de haber trascendido el horizonte “mitológico” de la religión, lo cierto es que nuestras vidas están atravesadas por rituales que, “religiosamente”, nos instauran creencias que después nos dirigen en la cotidianidad y aún más en las horas cruciales de las coyunturas socio-históricas. Estos rituales van desde la implantación del chip de la obediencia que nos colocan en la escuela, amaestrándonos para acudir a los “profesionales” y “expertos” cada vez que necesitemos algo, hasta los rituales de la supuesta democracia representativa que, aun siendo de conocimiento general el hecho de que todo es una farsa y que de ahí no vendrá cambio alguno, elecciones tras elecciones miles de personas acuden religiosamente a votar, ensayando así la creencia e implantando el mito de que los problemas se solucionan desde arriba. Vivimos pues en una sociedad idolátrica, adorando ídolos que continúan enajenándonos y reduciéndonos a átomos individuales cuya única función y misión en la vida es la del mantenimiento operacional de la máquina del sistema.

La situación adquiere un tono mucho más desalentador si consideramos las circunstancias actuales en las que nos encontramos, mismas que tienen sus raíces creciendo desde muchos años o siglos atrás. Nos situamos en medio de una catástrofe civilizatoria cuyos escombros caen a nuestro lado conforme vamos caminando, sin ignorar que, en más de alguna ocasión, uno que otro escombros nos cae encima y nos aplasta. El patriarcado está dando patadas de ahogado y cual tigre acorralado despliega toda su maquinaria de violencia y control hacia la vida y los cuerpos. El capitalismo ya no se sostiene a sí mismo y por este hecho está siendo desplazado por un extractivismo salvaje que aún es difícil de caracterizar. La democracia, el Estado, la economía, la ciencia, en fin, todos aquellos pilares que algún día nos daban seguridad y certeza, ya sea porque nos encontrábamos del lado de la historia que nos permitía poseerlas o del lado que, sin poseerlas, podíamos vivir de la ilusión de llegar a hacerlo, son ahora cuasi-recuerdos de generaciones anteriores que hoy presionan a sus hijos e hijas para adquirir empleos que ellos jamás tuvieron pero que, sin sa-

berlo, sus descendientes morirán de inanición precisamente por depositar sus esperanzas en ellos.

En medio y a pesar de esto, millones de personas en todo el mundo se sacuden el polvo de las viejas instituciones y de las viejas certezas. Caen en la cuenta de que el gran problema es que hemos sido fabricados y fabricadas como individuos y que la única opción de supervivencia que tenemos es la de recuperar los ámbitos de comunidad. Para dichas personas esto significa re-cordar (volver a traer el corazón) la sabiduría ancestral de su propia gente, su propio pueblo y sus propias tradiciones. Para muchas otras, aquellas que por más generaciones hemos sido ensamblados como individuos por nuestra vida urbana, hemos de aprender de estas tradiciones comunitarias, pero sin apropiárnoslas, apostando en cambio por la creatividad para imaginar y crear nuevos ámbitos de comunidad según nuestro contexto y circunstancias. Así, las resistencias actuales, aquellas que realmente vale la pena nombrar como tales, se caracterizan justamente porque proponen a la vez que resisten. Dicho de otro modo, su modo de resistir es la de crear mundos otros, vivir ya de facto esta otra historicidad en la que queremos existir, centrándose en el cuidado de la vida y la compartición de los dones. Esto es lo que aquí he denominado, siguiendo a Gustavo Esteva, la insurrección en curso.

Uno de los principales esfuerzos de este libro consistió en poner sobre la mesa que uno de los ámbitos donde principalmente podemos observar todos estos procesos es el ámbito del saber. El problema consiste justamente en que el conocimiento se ha reducido a epistemología, y a esta se le ha limitado meramente a la ciencia hegemónica y sus criterios de validez, olvidando que saber viene de la misma etimología que sabor (*sapere*), y que a lo que se refiere en realidad es a una forma de estar en el mundo, un dinamismo vital que se detona como relación con las cosas, y que por lo tanto es carne, cuerpo y vida. Parte importante de la insurrección en curso consiste en la recuperación de otro tipo de saberes, saberes más conscientes de su localización y que están más cercanos a la vida. Estos saberes otros operan desde una lógica contrahegemónica, resistiendo y proponiendo alternativas de mundo frente a la hegemonía de lo que aquí he denominado como epistemología hegemónica.

Parto de dos nociones que, aunque procuré explicitar y argumentar en el libro, soy consciente de que cada una de ellas podría abordarse por separado y escribir cientos de páginas al respecto. La primera es que hay una estrecha relación entre saber y prácticas sociales, que de hecho jamás están separadas y que un saber produce prácticas sociales y estas forjan saberes. A esta relación podemos entenderla como un ethos; lo que da como resultado que a cada saber le corresponde un ethos, un mundo que se construye desde actos performativos de saberes concretos. La segunda noción es en realidad otra

forma de expresar la primera, pues consiste en entender al ethos y al saber como dinamismos vitales, lo que me lleva a la conclusión de que la lucha por un saber otro no radica en otras verdades u otras formas de hacer ciencia, sino en otros dinamismos vitales desde los cuales vivir y construir mundo. Se trata, pues –haciendo eco de Aristóteles– de la pregunta por la vida buena, el buen vivir de los pueblos. Por este motivo, mi planteamiento terminó por abrazar, más que la ecología de saberes planteada por Boaventura, el diálogo de saberes propuesto por Esteva.

Así, a la epistemología hegemónica la caractericé como un saber que opera desde el dinamismo de la abismalidad-totalidad-idolatría. Este dinamismo es el de la intencionalidad espontánea del sujeto autoconstituyente cuyas prácticas crean el mundo social y sus instituciones, que a la vez crean al propio sujeto individual. Inspirándome en Panikkar, considero que la epistemología hegemónica consiste en una patológica y exacerbada búsqueda por la certeza y la seguridad, lo cual coopta a las personas y a las comunidades de su propia capacidad de vivir su vida, obligándolas a buscar refugio en instituciones y en expertos, lo que se traduce en una fobia y desconfianza total ante la misteriosidad intrínseca de la vida y la realidad. Este saber se me presenta como una enajenación absoluta de la vida concreta, un orillar-nos a vivir vidas abstractas, estadísticas y atomizadas, controladas por Estados anónimos y cálculos desencarnados. Hablo de un impulso –el cual podemos reconocer como patriarcal– por controlar la vida, dominarla y ejercer sobre ella un poder inhumano en aras de fabricar nuestras expectativas y llevarlas al puerto que deseamos. No sobra decir que esta quimera es imposible, pero es un sueño que se ha convertido en pesadilla para el planeta y que nos está matando, al tiempo que nos desconecta de la realidad, de la vida y de sus ciclos.

La esperanza aparece a partir de un cambio de dinamismo. No me cansaré de decirlo: este libro no representa la instauración de una nueva panacea con su respectiva agenda política sobre qué es lo que tenemos que hacer. Busca, en cambio, dar cuenta de cambios que ya están pasando en distintos abajos, con distintas personas que, de pronto, por un motivo u otro, desde una tradición u otra, caen en la cuenta del gran engaño en el que hemos vivido: aquel de que podemos controlar la vida a nuestra voluntad y antojo. Desde ahí, estas personas se organizan para construir vidas dinamizadas comunitariamente a través del cariño, la amistad y el gozo de ser lo que son –signifique esto lo que signifique–. En otras palabras, la esperanza surge cuando se abandona el dinamismo de la epistemología hegemónica y otro dinamismo vital comienza a instaurarse como ethos en nuestras vidas. Panikkar le llamó a este otro dinamismo fe y confianza, Illich esperanza y convivencialidad. Yo opto por nombrarle a este dinamismo mística, un di-

namismo vital de apertura radical al Misterio que recupera la misteriosidad de lo real de manera convivencial y gozosa, que también podríamos llamar fe, confianza y esperanza en dicho Misterio.

Si el dinamismo de la epistemología hegemónica se caracteriza por su intencionalidad espontánea, unilateral y autoconstituyente, el dinamismo místico opera desde lo que en estas reflexiones denominé como inversión de la intencionalidad. Esta inversión consiste justamente en la dinámica de la fe, apertura vital hacia el Misterio que va redireccionando la vida a partir de un saber performativo que construye mundos concretos. La inversión de la intencionalidad fue tan solo otro nombre para la larga lista de sinónimos con los cuales nombré al dinamismo místico, pero su rol en estas reflexiones no es por ello menor. Si le di un papel tan destacado a la inversión de la intencionalidad fue porque, a un nivel de exposición de ideas, tiene la bondad de expresar claramente su contraposición a la intencionalidad espontánea de la epistemología hegemónica. De este modo, valiéndome de la inversión de la intencionalidad como vehículo argumentativo, pude presentar al dinamismo místico como un saber contrahegemónico, creativo y hasta erótico.

Mi propuesta es entender a la mística como el dinamismo vital que se abre radicalmente a la misteriosidad que atraviesa todos y cada uno de los ámbitos de nuestra existencia y experiencia. Si tomamos en cuenta las nociones de las que hablé más arriba, este dinamismo vital ha de entenderse como un ethos, lo que a su vez nos conduce a la comprensión de la mística como un saber o sistema de conocimiento que, al igual que su contraparte de la epistemología hegemónica, crea mundos y prácticas concretas. El objetivo de este libro fue exponer la dimensión contrahegemónica de este sistema de conocimiento místico, sus prácticas, cada uno de sus niveles (epistemología, transmisión, innovación y poder) y como este saber formaba parte tanto de la insurrección en curso como de la ecología de saberes y el diálogo de vivires.

Para llevar a cabo esta empresa fue necesario hacer un extenso recorrido, el cual a veces pudo parecer precipitado, ecléctico y hasta en ocasiones oscuro. Inicé por explorar la relación saber-prácticas sociales en la epistemología hegemónica a través del trípede abismalidad-totalidad-idolatría. Detallé cada pie de este trípede dialogando con autores como Boaventura, Lévinas y Marion, principalmente, pero también con Pickstock, Leff, Esteva, Panikkar, Haraway, Illich y otros tantos nombres. Una vez abordada la epistemología hegemónica, me adentré a la inversión de la intencionalidad. Con este fin recuperé reflexiones del llamado giro teológico de la fenomenología francesa, pero también los critiqué desde una teología de corte más erótico (Méndez y Pickstock) para que quedara claro que, desde donde lo entiendo, la mística es un saber performativo de la carne y el cuerpo. Para esto fue fundamental

recuperar autores como Martín Velasco, Michel de Certeau, Zenia Yébenes, Michel Foucault y Giorgio Agamben.

No podía, sin embargo, reflexionar sobre el sistema de conocimiento místico sin tener a mi lado a cada paso del camino a los místicos y místicas que me han inspirado a lo largo de mi camino espiritual y con cuyas enseñanzas estoy totalmente en deuda. Hablo principalmente, como el lector pudo darse cuenta, de Ignacio de Loyola y la espiritualidad ignaciana; a las carmelitas Teresa de Jesús, Teresita de Lisieux y Juan de la Cruz; la tradición noviolenta de Gandhi y Lanza del Vasto, y muy particularmente a Gustav Landauer y su mística anarquista. Finalmente, aunque en la introducción aclaré que mantendría al mínimo las citas de tradiciones de cuyas fuentes no bebía directamente por mi matriz cultural, no pude dejar de valerme una que otra vez del islam, la *bhakti* y, muy especialmente por mi cercanía a su práctica y filosofía, al *buddhadharma*. Al explicitar estos nombres y corrientes estoy, de cierto modo, tomando partido no tanto por una institución religiosa concreta –la diversidad de nombres me lo impide–, sino más bien por un modo de vivir y comprender la espiritualidad, un modo que creo es transversal a estas propuestas espirituales y que podría expresar de la siguiente manera: la espiritualidad como una forma concreta de vida, un saber vital que se relaciona con el Misterio bajo el llamado de la liberación de los seres y la construcción de un mundo y relaciones dinamizadas desde el amor.

Esta es, creo yo, la mística que he tratado de presentar. Toca al lector juzgar, pero también dejarse in-spirar, mover por *la* espíritu (en hebreo es femenino, *Rúah*). No propongo impulsar ni proponer, sino con-mover, movernos juntos y juntas en la construcción de un mundo distinto en medio de las emergencias que nos atraviesan. No sé cómo podría ser este mundo, ni cómo llegar a construirlo ni mucho menos si llegará a ser. Solo sé dos cosas: la primera es que muchas personas en muchas partes del mundo ya están viviendo un mundo otro que construyen recuperando lo que son, sus ámbitos de comunidad, volviendo a los verbos y abandonando los sustantivos; y dos, que el Misterio nos atraviesa y que la misteriosidad de la realidad, lejos de ser la causante de nuestros problemas, puede ser justamente la puerta para una vida plena.

Creo, por lo tanto, que nos encontramos ante un momento místico. Este libro representa, como lo mencioné en la introducción, el primero de una trilogía que intenta plasmar este momento místico. En medio de la incertidumbre radical en la que habitamos, no cabe más que hacer lo que el místico poeta oriundo de Fontiveros: transitar la vida “sin otra luz y guía/sino la que en el corazón ardía.”⁹¹